

GALE RÍA

**(Para seis actores y un número indeterminado de figurantes en la apertura
para recrear el ambiente en la galería de arte.)**

De

JUANUIS PINTO DOBLAS

ABRIL2008

Trama-sinopsis

Comedia fantástica, en un solo acto, dividida en cinco escenas.
Se trata de una obra satírica sobre el mundo del arte, especialmente la pintura, que se desarrolla en el interior de una galería.

Los personajes van desgranando situaciones inverosímiles hasta el punto de rallar en lo esperpéntico. Como en la vida real, conviviendo el mundo del arte con todo lo cotidiano. Artistas que cuelgan sus obras para que el público las vean, mientras estas, las obras, se ven rodeadas de personajes comunes. Una limpiadora cantarina; su novio, metido a ladrón ocasional y amante de las películas de aventura, con el único objetivo de darle una sorpresa. Un profesor metido a ladrón por el amor a una pintura. Un vigilante celoso de su trabajo que anda loco por los huesos de la limpiadora. Y acompañando a todos estos personajes, dos fantasmas que abandonan los cuadros en los que viven atrapados para asombro de todos. Y un final imprevisible para una obra repleta de situaciones de verdadera locura. Todo por el amor al arte.

PERSONAJES

(por orden de intervención y caracterizados)

Ladrón1 (chaqueta-pañuelo al cuello-perilla)

Ladrón 2 (pantalón-camiseta negra ajustada-antifaz-gorra-linterna-saco)

Vigilante (uniforme adecuado, un poco grande)

Limpiadora (caracterizada en el texto)

Condesa (vestuario de principios del siglo XX)

Criada (falda larga y ancha-camisa o corpiño blanco)

ESCENOGRAFÍA

Se precisarán, al margen del vestuario, descrito en cada personaje, distintas obras de arte. Por su manejo y funcionalidad se considera más interesante utilizar cuadros, bien colgados, bien colocados sobre caballetes; algunas esculturas o bustos y todo aquello que admite como decoración una galería de arte: telas, pianos, muebles clásicos, etc. Dependerá de los medios con que se cuente en cada caso.

En lo que respecta al mobiliario a utilizar activamente, solo serán imprescindibles un sofá, una mesa baja y varios sillones. El resto, como se indica anteriormente, dependerá de los espacios y materiales disponibles.

APERTURA

Se abre el telón y aparece la presentación de la galería con todos sus elementos perfectamente distribuidos y colocados. Sobre el escenario, un numeroso grupo de figurantes, lo que dé la superficie disponible, pasea de una obra a otra, y, delante de uno de los cuadros, una profesora o profesor explica a un grupo chicos las características de la obra o el artista. De fondo se oye música clásica.

A los pocos instantes una voz en megafonía anuncia el cierre al público:

“Estimados visitantes: Les comunicamos que la exposición va a cerrar sus puertas. Recordamos que nuestro horario es de 10 de la mañana a 9 de la noche ininterrumpidamente, todos los días de la semana. Agradecemos su visita y esperamos verles pronto.”

Todos los personajes comienzan a retirarse poco a poco del escenario. Cuando se retiran los figurantes, se puede apreciar claramente como hay un personaje que se esconde entre los elementos de la exposición.

El escenario ha quedado repleto de restos de papeles, desperdicios, etc.

La luz se atenúa hasta quedar el escenario en penumbra, aunque con suficiente luminosidad como para ver todo perfectamente.

ESCENA 1

Aparece el primer personaje.

Se oye el sonido de fondo propio de una cisterna del váter y el de un secador de manos.

Con el escenario a media luz, una persona aparece por una puerta y observa extrañado el vacío de la sala. Es un hombre. Al parecer, ha quedado encerrado. Va vestido de calle, de manera elegante, como si fuese un visitante más.

Ladrón 1 (*observándolo todo, se pasea despacio por el escenario mientras va subiéndose, sin más importancia, la cremallera del pantalón*).- Pues sí que la he hecho buena. ¡Esta maldita próstata! No puedo descuidarme un instante. Y en el último momento. ¡No podía haber esperado un rato más...! Y ahora aquí dentro, encerrado toda la noche. (*Continúa mirando todo a su alrededor.*) Rodeado de todos estos fantasmas, porque eso es lo que son para mí, espíritus encerrados para toda la eternidad en esos lienzos y esculturas. No quieres mear, ¿eh? (*Hablándole a su propia bragueta.*) ¿Ahora no quieres mear? Ahí tienes (*Señalando la puerta del servicio.*) los servicios para ti solito. La madre que me... (*Se acerca al sofá y comienza a mirarse y vaciarse los bolsillos.*) y encima para esto. (*Comienza a sacar mecheros, fotos, carteras vacías y cosas sin valor, y los va depositando sobre una mesa.*) ¡Qué desastre de día! Para esto podría haberme quedado acostado. Antes sí que se podía venir a trabajar a las inauguraciones. La gente era más refinada, más entendida. ¡¡¡A dónde va a parar...!!! Qué buenos relojes, y las carteras... bien repletas. Y los bolsillos de las gabardinas anchos y cómodos. No que ahora, para poder meter la mano en un bolsillo, o las tienes de mantequilla o hay que tirar de cuchilla para rajarlos... y eso no va conmigo. Esos pantalones vaqueros de ahora. ¿Cómo se los encajarán? Porque eso es lo que hacen, encajárselos como una segunda piel. Anda que si yo usase unos pantalones de esos, ¡Santa Virgen del Hurto! Con mis urgencias urinarias... (*Haciendo el gesto de no poder aguantar más, encogiéndose y pegando las rodillas.*) No, ¡que tendría que usar pañales...! (*Se acerca al sofá y se sienta mientras continúa con su monólogo reflexivo.*) ¡¡¡Ah!!! ¡Aquellos grupos de los círculos de arte! Gente bien, señoras respetables... ¡Ni los anillos que me he guardado en la boca en aquellos interminables y elegantes besamanos! Ahora le vas a dar la mano a una señora y se ríe en tu cara, ¡¡eso si te deja besarla!!! Bueno, mejor que no te deje. ¡Un olor insoportable a tabaco, y a restos de gasolina, porque acaba de llenar el depósito del coche hace tan solo unos minutos, te dejan mareado! Y, por supuesto, todas las joyas son de bisutería barata. Besar la mano a una mujer..., (*Repite mientras reflexiona.*) creo que hace años que no veo besar la mano a una mujer. Ni a los curas, ¿Por qué me he acordado ahora de los curas? ¡Ah! por lo de los anillos, no; ¡por lo de besar las manos!, ¡no!; ¡por lo de las mujeres...! Bueno, da igual, que no se qué pinta el clero en todo esto.

Mientras sucede esto, el otro personaje, que se ha escondido entre las obras de arte, asoma la cabeza varias veces desde el lugar donde se encuentra oculto. Se mantiene unos instantes en silencio mientras sigue observando el ridículo botín. Continúa el monólogo.

Ahora solo vienen los maestros con esos grupos de niños explicándoles esta o aquella obra de arte. Que a mí me parece muy bien que traigan aquí a la chavalería, y, por supuesto, ¡jamás se me ocurriría meter la mano en la mochila o en el bolsillo de uno de esos muchachos...! Bueno, y mucho menos en los del profesor o profesora de turno

que suelen acompañarles. ¡Para qué trabajar en balde! ¡¡ Si están tiesos..!! Esto de los profesores sí que es un clásico: siguen enseñando y cobrando lo mismo que antes de la guerra... Pero yo creo que cuando están explicando tenían que fijarse un poco más en la carita de las criaturas. Hoy, por ejemplo, una maestra que acompañaba a un grupo se ha pasado media hora delante de esa obra de Picasso. (*Se incorpora y se acerca hasta el cuadro.*) Muy respetable, muy bien, pero los niños estaban hasta las narices del dichoso cuadro. Tengo que reconocer que Picasso fue un genio para su época, uno de los grandes. Sus cuadros *Dos saltimbanquis y Celestina*, sin ser los más famosos, dejan claro su personal forma de pintar. Pero el hombre tenía un genio que no me veas. Y de su pasado para qué hablar. Cosas -que dicen- de genios. Yo, particularmente, tengo mi opinión con el tema ese del carácter de los genios, que lo cortés no quita lo valiente. ¡No te fastidia! Que una persona pinte o esculpa o escriba o haga cualquier actividad de manera excepcional no le justifica unos comportamientos inapropiados y excéntricos. En ese caso, más de uno, (*Pasándose las manos por la solapa de la chaqueta.*) con toda la humildad del mundo, debería tener extrañas costumbres, y no es que yo lo diga, sino que uno es muy bueno en lo suyo... Ahí tienen al mismísimo Hitler... Tranquilos, que es una forma de hablar. ¡Lo que nos hacía falta es que apareciera por aquí semejante monstruo! Digo que ese personajillo fue considerado para muchos como una especie de genio hasta que fue adquiriendo fuerza, poder... y el resto ya todos los conocemos. En fin, que eso de los genios, y del “genio” de los genios es muy discutible...

Pero volviendo a los artistas, ¿qué sería del mundo sin ellos...? ¿Qué sería del mundo sin todos nosotros?; porque en el fondo todos llevamos un artista dentro, solo falta descubrir la faceta en la que destacamos. Servidor se destacó pronto por el interés en la propiedad privada... de los demás; pero conozco gente que son unos artistas en las cosas más inverosímiles. Tengo un amigo que lee más rápido que nadie que yo haya conocido, y lo que es mejor, se entera de todo. Cuántas personas descubren un buen día que son magníficos pintores, o poetas o restauradores o yo qué sé, y así un largísimo etcétera. ¿Es o no es eso una especie de arte? ¡Aaay, la vida. (*Se queda unos instantes absorto, contemplando el cuadro de la dama. Al poco comienza a moverse inquieto.*) Ya decía yo que estabas tardando mucho. Venga, al baño, sin prisas..., tienes toda la noche por delante...

*El personaje 1 desaparece de escena por la misma puerta por la que apareció.
Aparece en escena el segundo personaje.*

Ladrón 2 (*sale despacio, mirando hacia todas partes; va vestido completamente de negro y lleva un saco vacío sujeto con una mano, que deja caer sobre el hombre, una linterna en la otra mano y un antifaz; una vez que ha inspeccionado toda la estancia, deja de una manera desmayada, el saco y la linterna sobre el sofá y se deja caer pesadamente*).- ¡¡¡Madre mía!!! ¡¡¡Es que no puedo creérmelo!!! Mira que hay sitios en la ciudad, bueno, museos pocos, para qué decir, pero hay muchos bancos, de eso sí que hay, y centros comerciales, y bingos, y bares, y... joder, ahora que caigo... de todo menos museos. (*Queda unos instantes pensativos mientras recorre la sala con la mirada.*) No sé para qué he venido aquí... Ah! Sí, la Conchi; si no fuera por ver a la Conchi, iba a venir aquí quien yo me sé. ¡¡¡Yo quería darle una sorpresa!!! Y la sorpresa resulta que me la llevo yo. (*Se queda de nuevo unos instantes observándolo todo y señalando con la barbilla hacia la puerta por donde se ha marchado el ladrón I.*) ¿De dónde habrá salido ese fulano? Bueno, sí, ya lo he oído, del cuarto de baño. ¿A quién habrá venido a sorprender él? ¡Verás tú que va a resultar que hoy es el Día Mundial de las sorpresas a las novias que trabajan en los museos! ¡Mira que tengo mala

suerte... Ahora, que nadie me podrá negar que voy más de ladrón que él. (*Se pone de pie y señala su propio cuerpo.*) Él es, no sé, más informal y, por lo que se ve, una vieja gloria. (Mientras, se pasa las manos por la camiseta y el pantalón y se ajusta bien el antifaz y la gorra.) Yo, sin embargo, en fin, que aunque uno tiene abuela..., (*Y se acerca a un espejo.*) sabe cuándo tiene un tipo guapo y elegante delante... (*Se queda unos segundos contemplándose y palpándose los bíceps.*) En cuanto aparezca la Conchi, le doy la sorpresa. Cuando me vea aquí, no se lo va a creer. Eso la pondrá burra y este sofá (*Hundiéndolo con la mano para probar su resistencia.*) parece que puede dar mucho de sí. Se pasa la vida gritándome, riéndome...; bueno, y besándome y achuchándome, que lo mismo me tira a la cabeza lo primero que tiene a mano, que me tira los tejos en el momento más inesperado ¡Qué mujer, dios mío! ¡Qué carácter, pero qué arte más grande! Yo se lo dije cuando le surgió este trabajo: Niña, ¡qué bien te has buscado el trabajo! ¿Donde ibas a trabajar mejor que en una galería de arte? Artistaza, que eres una artistaza. (*Se oyen unos ruidos lejanos y el ladrón sale corriendo precipitadamente dejándose el saco echado sobre el sofá.*) Esto parece la cola del INEM ¿Quién será ahora? (*Se aleja para esconderse.*)

Aparece en escena el personaje 3.

Vigilante (*Tartamudea un poco; cuando está nervioso o quiere hablar rápido, se queda bloqueado y, en ese caso, su tartamudeo se muestra de una manera exagerada; es un vigilante vocacional y le encantan las artes marciales; se ha acercado hasta la sala de exposiciones porque le ha parecido oír voces. Entra llamando a la Conchi, que es como se llama la limpiadora del museo y a la vez novia del ladrón 2; sabe que siempre anda canturreando y hablando sola. Se oye el sonido de un interruptor y se enciende toda la luz de escena.*)- ¡¿Conchi?! ¿Eres tu-tú? Déjate de tonterías, que sabes que me pon-go-go nervioso y la lío... (*Le da una vuelta al escenario con la porra en la mano mirando las obras de arte, acerca el oído a la boca de un busto de mármol para comprobar si habla hasta que se detiene delante del sofá.*) Pero ¿qué es esto? (*Mientras se guarda la porra, coge el saco y comienza a analizarlo.*) Ya sé, (*Se responde él mismo con sorna.*) es un sa-saco. ¿Cómo habrá venido a parar aquí? (*En ese momento mira al suelo y ve todos los desperdicios que hay.*) Bueno, la verdad es que no sé cómo puede extrañarme; vaya si hay mierda aquí. Una vez recuerdo que me encontré una cadena de bicicleta; bueno, más tarde me enteré de que se había desprendido de una obra de estas modernas que se estaba exponiendo y que se llamaba *Transmisión de los sueños a través de una lata de Coca-Cola*. La madre que los parió. Arte, dicen que es arte. Ca-ca, cara, yo digo que es cara. Ahora se está exponiendo un recorrido por artistas clásicos españoles pero otras veces, cuando hay exposiciones de a-arte new-popp, o rollos de esos, es para morir. Una lata pegada en un lienzo; un puñado de pelos de vaya usted a saber qué animal, y una plasta de mierda, sí, he dicho bien, de mierda de vaca, y ahí lo tenemos: *Naturaleza viva*. Poca vergüenza....Sssh, y que hay gente que lo co-compra. La madre... (*Continúa mirando todo el suelo de la galería lleno de desperdicios.*) Con razón no ha aparecido la Conch-chi, por aquí. Sabe la que le espera. Los días de inauguración siempre pasa igual. Todo el mundo muy reca-ca-tado, y luego empieza a llegar gente y más gente y se convierte esto en la salida de un campo de fútbol. ¡Cultura! ¡¡¡Mierda, eso que hay en el suelo se llama mi-mierda!!! Tanto recato y tanto reca-cato. Esta muy bien eso de hacer obras de arte, y a mí hasta me gustan algunas, y seguro que si me pusiese sería capaz de pintar más de una cosa interesante. Mi cuñado dice que no conoce a nadie que le perfile los te-techos de los dormitorios como yo, y de eso entiende un rato, que vive justo al

lado de un almacén de pinturas... Lo que nunca comprenderé son los rituales que rodean este caprichoso mundo del arte; cosas excéntricas y extrañas que se inventaron los listos que viven de esto. Porque, me pregunto yo, ¿por qué hay que hablar (*Baja exageradamente el tono de voz y después continua hablando con normalidad.*) en tono muy bajo y pausado dentro de un museo, o de una galería de arte como esta?; ¿o ir erguidos, tiesos como palos de bandera? Yo qué sé..., todo muy poco natural. Igual ni tan siquiera es culpa de los artistas, que yo conozco algunos de los que vienen por aquí y son gente de lo más sencillo; normalmente es cosa de esta dichosa sociedad que todo lo retuerce y lo complica porque sí. Bueno, y lo que es para pa-partirse de la risa son los comentarios que se oyen, cuando el clásico “entendido de pa-co-co-cotilla” está explicando una obra al “snob” de turno, a quien le ha dado por acompañarlo a la exposición en lugar de irse a la peña para jugar al dominó como hace habitualmente. Pero, claro, y esto hay que reconocer que nos sucede a muchos, no podemos limitarnos a mirar, observar o simplemente oír las explicaciones de los expertos, ¡no!; uno tiene que opinar, por supuesto, aunque lo mas parecido a una obra de arte que haya visto en toda su vida sea el extintor del rellano de la escalera del bloque. Ninguno de los dos tiene ni pajolera idea de lo que tienen delante. Y, claro, luego se oye lo que se oye. Ya digo, para pa-partirse de la risa. Y a la hora de la verdad todo es mentira, solo hay que mirar como ha quedado la sa-sala... (*Vuelve a recorrer con la mirada todo el suelo de la sala valorando la situación mientras se levanta la gorra y se rasca la frente.*) ¡Anda que no le queda trabajo por hacer a la pobre limpiadora! (*Se aleja hacia la puerta por donde ha entrado llamando a Conchi. Sale de la escena.*) Conchi... Co-coconchi... (*Y se marcha sin apagar la luz.*)

ESCENA 2

Entra a escena el ladrón 1 por la puerta por la que se marchó al cuarto de baño; despacio andando hacia atrás.

Abandona su escondite entre las obras de arte el ladrón 2, caminando igualmente hacia atrás con la linterna en la mano.

Caminan hacia atrás hasta que tropiezan -espalda contra espalda- y ambos salen corriendo despavoridos.

Poco a poco regresan a escena y quedan frente a frente mirándose.

Ladrón 1 (*haciendo que trabaja allí y pidiendo explicaciones al ladrón 2*).- ¿Se puede saber que hace usted aquí?

Ladrón 2.- ¿Y usted?

L 1.- Bien, gracias, pero aquí las preguntas las hago yo.

L 2.- No le preguntaba por su salud, carcamal, le pregunto qué hace usted aquí; no vaya a creerse que me chupo el dedo.

L 1.- Ignoro si usted se succiona o no los apéndices de su mano, pero esto es un museo y usted tiene una pinta de ladrón de mucho cuidado.

L 2.- Y usted es... ¡No me lo diga! ¡No me lo diga! ¡El director de la galería!

L 1 (*queda unos instantes titubeante, mira hacia el público con gesto cómplice y aprovecha la oportunidad que le han puesto en bandeja*).- Ejem. (*Carraspea*.) Así es, ¿cómo lo ha adivinado? Veo que es usted una persona inteligente y observadora.

L 2.- Gracias, no tiene importancia...; pero una persona que dice “succionar” en vez de “chupar” y “apéndice” en lugar de “dedo” solo podría ser el director de un museo. ¿O no?

L 1.- La cultura es lo que tiene... Y, dígame, entonces ¿es usted un ladrón, no? (*Mientras, el ladrón 2 asiente con la cabeza recorre con sus manos su cuerpo y se coloca bien el antifaz y la gorra*.) ¿Hace mucho tiempo que se dedica a esto?

L 2.- ¿A lo de ladrón? Bueno, se podría decir que estoy... de prácticas. Me falta mucho recorrido para llegar a ser un profesional. (*Con retintín y mirando igualmente al público*.) Si tuviese la suerte de co-no-cer a u-no de ver-dad, pero lo que se dice un profesional, todo sería distinto...

L 1.- Ya me parecía a mí. Ya no se lleva ir de negro, con gorra, ese ridículo antifaz... ¡Por cierto, ¿por qué no se lo quita? Y ese saco... ¿es suyo este saco? (*Mientras se dirige al sofá y coge el saco. El ladrón 2 asiente*.) ¡Por Dios, qué cutrez. Un saco.... ¡y de arpillera!

L 2 (*otra vez en tono irónico*).- Veo que es usted un entendido... (*Mientras se pone el antifaz sobre la frente sin quitárselo del todo*.)

L 1.- No, ¡qué va! (*Temiendo haber metido la pata.*) Es que soy un amante de las cosas bien hechas. Eso que se llama savoir faire (savuar fer); un perfeccionista. Si uno es pintor tiene que ser el mejor, si torero, torero, y si es ladrón, pues eso, el mejor de los mejores. Es mi teoría de la vida.

L 2 (*repite meditabundo*).- El mejor de los mejores. Ya, por eso ha “guindao” hoy tres mecheros sin gas, una cartera llena de fotos y dos relojes falsos. ¡Vamos, hombre, que lo he visto todo! Mucha palabrita y mucho menospreciar al prójimo y es usted un “pringao” como cualquier otro. ¡Más! No te digo. De modo que nada de cachondeíto con mi saco de arpillera...

El ladrón 1 se deja caer en el sofá y se sujeta la cara entre las manos en un gesto de tristeza y decepción y comienza a lloriquear.

L 1.- Tiene usted razón, amigo. No existe peor mentiroso que el que se engaña a sí mismo. Soy un ladrón venido a menos. (*Continúa sollozando.*) Ya no valgo para nada.

L 2 (*sentándose junto a él y dándole golpecitos en el hombro*).- Bueno, hombre, no se lo tome usted así. No me haga caso. Me lo tiene dicho la Conchi: Cuida ese pronto tuyo, Pepe, que eres muy animal. Parece usted un buen tipo. Por lo menos de cultura anda servido, que aunque uno no tenga estudios sabe distinguir a una persona con preparos.

L 1.- Bueno, gracias. (*Recomponiéndose.*) La verdad es que en mi época llegué ser considerado uno de los mejores del país. “Profesor Mil dedos” me llamaban, (*Dice con claras muestras de orgullo.*) por mi habilidad para desvalijar al más pinturero mientras le explicaba una escultura de la segunda época de Miguel Ángel, figuras de formas redondeadas muy al gusto de la época; pero, en fin, ¿para qué me voy a extender en explicaciones?

L 2.- Ya me parecía a mí. Pepe Campaña, ¡para servirle! (*Se presenta de manera espontánea.*) Y ¿a qué se dedicaba usted antes de ser ladrón...? No me lo diga, no me lo diga. Era profesor de arte. ¿A que sí?

L 1.- No, ojala hubiese sido así. Era vendedor de enciclopedias... No vendía ni una, pero al menos me sirvieron para leerlas, aprendérmelas diría yo, hasta el punto de que me ofrecía como falso guía en museos y galerías de arte, como esta. Al principio todo iba bien pero las propinas que ganaba no eran suficientes para vivir. Yo observaba cómo los grupos, sobre todo los de turistas, se ponían muy juntitos para oír bien las explicaciones de los guías. Un día, mientras atendía a un grupo de turistas, pude ver cómo, en otro que estaba justo al lado, un hombre bien plantado y con buen aspecto, desvalijaba de la forma más increíble que usted pueda imaginar todos los bolsos. Era un verdadero profesional. Algo nunca visto. Aquello me dio una idea y a partir de ahí comencé a practicar.

L 2.- ¡¡¡No puedo creérmelo!!! ¿Qué cosa más demasiado! ¡Cuánto me hubiese gustado haberlo conocido en aquella época... Yo realmente no tengo vocación de ladrón, más que nada lo hago por fastidiar a mi novia.

L 1.- ¿Cómo?

L 2.- Sí, verá usted. Ella dice que no valgo para nada y que, como ando en el paro, me paso el día viendo películas de acción en la “tele”. Bueno, esto último es verdad. (**Con un entusiasmo infantil.**) ¡¡¡Una de las que más me gusta es *Misión Imposible!!!* ¿La ha visto? ¡No me lo diga, no me lo diga! No tiene ni idea, ¿verdad? (**El ladrón 1 se encoge de hombros y pone cara de no tener ni idea.**) Sí, hombre, esa es Tom Cruise que se descuelga por un tejado y se queda así; (**Se coloca en la misma postura que el mencionado actor, con los brazos y las piernas extendidas en el suelo formando una cruz.**) pero apenas a cinco centímetros del suelo, y si llega tan solo a rozarlo saltan las alarmas (**Cada vez con más entusiasmo.**) y lo hubieran “ligao”... Ese, ¿sabe ya quién le digo? (**Se incorpora.**) Pues va vestido igual que yo. Bueno, yo igual que él. El caso es que me he peleado con la Conchi y he venido a darle una sorpresa.

L 1.- ¿Aquí al museo?

L 2.- Sí. Es la limpiadora. Quiero que me vea en plena acción. Se le van a quitar las ganas de volver a menospreciarme. Es una tía estupenda pero un poco bruta...

L 1.- No sé, no tengo mucha experiencia con las mujeres. He dedicado mi vida a mis dos pasiones: perfeccionar el modo de coger lo ajeno y el arte. Nada me hubiese gustado mas que ser profesor o, mejor, catedrático de arte. Y creo que al final solo conseguí el arte... de tomar lo ajeno..., ser un auténtico voleur (**Se pronuncia “voler”, ladrón en francés.**)

L 2.- No me lo diga, no me lo diga, de ahí su nombre, “Profesor mil dedos”.

L 1.- En efecto. Conozco todas y cada una de las obras de este museo. De este y de todos. Ve usted ese cuadro de ahí. Es un paisaje que particularmente me encanta. Es una obra de un genial pintor, no excesivamente conocido, Aureliano de Beruete. (**El otro hace gesto con la boca y los ojos de no tener ni idea de lo que está hablando. Se interesa por el cuadro y se acerca a admirarlo.**) Se trata de un paisaje otoñal y lo más significativo de este cuadro es que fue pintado utilizando los tubos de pintura directamente sobre el lienzo.

L 2.- Ya te digo. Como que son todos pellas y pellas de pintura. (**Se acerca todo lo que puede a la obra en cuestión**) ¡Qué desperdicio! No me lo diga, no me lo diga... (**Con sorna.**) Es así como se pintaba entonces, ¿no?

L 1.- Bueno, algunos sí, como Beruete. El caso de este hombre es curioso ya que nunca pasó apuros económicos, cosa bastante extraña en un artista -tanto antes como ahora- y pintaba casi en exclusiva para sí mismo, para él, hasta el punto de que expuso muy poco y por lo tanto no ha sido un pintor muy conocido. Sin embargo, es uno de los más grandes paisajistas del siglo XIX y uno de mis preferidos..... pero, bueno, no quiero aburrirle amigo...

L 2 (**continúa mirando el cuadro, ahora con más interés**).- La verdad es que, si se aleja uno un poco, las pellas de pintura dejan de serlo y ya parece un dibujo. ¡No está muy bien pintado, para ser del siglo ese que usted ha dicho...!

L 1 (*sonríe ante la incultura del ladrón 2*).- El impresionismo es así. Si usted se aleja, va adquiriendo la perspectiva del dibujo y si lo mira desde un ángulo u otro podrá apreciar matices diferenciados...; pero, en fin, dejémoslo, que no quiero enrollarme de nuevo. Es que no puedo evitar sensibilizarme ante una obra de arte...

L 2.- No, pero si me parece bien. Mientras después no intente cobrarme... Y puestos a saber, ¿ese de ahí quién es? (*Pregunta señalando un busto de mármol de una cabeza de hombre.*)

L 1.- Es un busto de mármol...

L 2 (*incrédulo*).- ¡¿De mármol!?

L 1.- Sí, hombre, de mármol...

L 2.- (*le interrumpe sin dejarlo continuar*).- ¡No me lo diga, no me lo diga! (*Mientras se acerca y mira con detenimiento la escultura.*) ¿Me va usted a decir que ese de ahí es Mármol, Pablo Mármol, el de los Picapiedra?

L 1.- (*moviendo la cabeza con incredulidad*).- No, hombre, no, le digo que es de piedra de mármol. ¿O es que no sabe usted lo que es el mármol?

L 2.- Sí, hombre, lo de las lápidas de los cementerios, que tan tonto no soy, pero como es usted tan entendido.... y el cuadro ese de antes, que por mucho que usted diga, no es más que pellas de pintura, según usted, es un paisaje del carajo, pues no me extraña ahora que el “nota” este fuese Pablo Mármol, y por ahí no pasa servidor, que ha visto las dos películas de los Picapiedra... y varias veces... y ese no es Pablo Mármol... ¿Y ese otro cuadro de esa señora tan elegante que usted no paraba de mirar?

L 1.- Bueno, ese es un cuadro muy especial para mí... (*Se interrumpe. Se oye un ruido y los ladrones guardan silencio.*)

L 2.- La hemos cagado. ¿Qué hacemos? Diga algo. Usted es el especialista.

L 1.- Venga, acérquese. De prisa. Improvisemos un grupo escultórico: *Dos hombres que pelean.*

L 2.- Pues lo que es usted no creo que me aguante a mí ni un asalto.

L 1.- Sshhhh.

Poco a poco se oyen los pasos más cercanos y ambos ladrones, sin tiempo a desaparecer, se colocan entre las obras de arte componiendo un grupo escultórico Dos hombres sujetándose, simulando una pelea. Pero antes el ladrón 2 se coloca de nuevo el antifaz sobre los ojos.

ESCENA 3

Entra en escena la limpiadora.

El personaje va vestido con unas mallas de llamativos colores, unas zapatillas de un color que contraste con los colores de las mallas. Lleva unos auriculares de los antiguos (grandes, no de los que se introducen en los oídos), la típica bata de las limpiadoras y unas gafas de sol colocadas en la cabeza. Sobre un cinturón también grotesco y llamativo, colocado sobre la bata, se incrusta un casete o similar. Masca exageradamente un chicle.

Entra en escena arrastrando el carrito de limpieza y tarareando, prácticamente a gritos, la canción que en teoría está oyendo. Deja el carrito y, con los ojos cerrados y agarrada a una escoba, baila por la estancia.

Tropieza con una lata vacía y deja de bailar y abre los ojos. Lanza un grito. Se aparta los auriculares dejándolos alrededor del cuello y apaga la música del casete. Está impresionada por la cantidad de suciedad que hay en el suelo.

Limpiadora.- ¡La madre que parió a mister Proper! Pero ¿esto qué es? ¿Una galería de arte o la puerta de un cine? Pero... si está todo lleno de papeles, de cáscaras pipas, ¡¡¡cáscaras de pipas!!! Esto tiene que ser una broma. ¡Valentín! (*Llama a voces al vigilante.*) ¡Valentín! Como sea cosa del karateca le rompo la fregona en la ca-cabeza, que diría él. (*Se acerca al sofá y se deja caer mientras mira con incredulidad toda la basura que hay en el suelo.*) ¡Cómo puede existir gente tan guarra! Y después dicen que en el mundo del arte todo es distinción, educación... ¡Y una leche! Mira cómo está todo. Y me decía la Yeni, mi compañera de la fábrica donde trabajaba antes:” Niña, qué suerte trabajar limpiando en un museo. No vas a dar ni golpe. Pero si ahí no se ensucia nada; no como aquí, que con los camiones, las mercancías... estamos hechas unas esclavas. Y la distinción que da eso... No, si al final te convertirás en una “culipimpli” y tendré que llamarte Doña Concepción...” (*Con guasa.*) “Doña Concepción, Doña Concepción... “y no se trabaja nada...”¡Y ella que lo vea! Ahora tendría que aparecer por aquí y ver la leonera en que han convertido todo esto. (*Vuelve a dirigir una mirada recorriendo toda la suciedad del suelo.*) Míralo, esto está precioso. Y ahora hay que quitarle el polvo a toda la sala. No, si hoy me amanece a mí limpiando. A ver cómo le explico yo a mi Pepe cuando llegue a la casa a las tantas lo que ha pasado aquí. ¡Ah! pero él ni se inmutará. Ya me lo estoy viendo sentado en el sofá, con tres o cuatro latas vacías de cerveza, dos bolsas de patatas fritas y todo oscuro, viendo cualquiera de esas películas que tanto le gustan a él. Y una mientras aquí, barre que te barre, friega que te friega. Sé que es un buen hombre, que está parado y eso lo tiene deprimido, pero, hija, se sienta delante de la “tele” y enlaza una película tras otra. A veces pienso que está haciendo en secreto un curso de espía por correspondencia... ¡Qué dedicación!

*Comienza a barrer el suelo mientras comienza a canturrear de nuevo.
Aparece en escena Valentín, el vigilante.*

Vigilante: Niña, ¿tú me has llamado?

Limpiadora: No, te ha llamado la “gachi” esa del cuadro de ahí... Pues claro que te he llamado yo, ¿quién iba a ser si no?

V.- También es ve-verdad... (*Mientras dice esto mira alrededor con la mano puesta sobre la porra que tienen colocada en la cintura.*) Bueno, ¿y qué que-querías?

L.- ¿Tú no tendrás nada que ver con toda esta mierda que hay por todas partes, no?

V.- Co-conchi, pero qué cosas tienes. ¿Cómo se te ocurre pensar algo así? Yo nunca haría nada que te molestase... (*Mientras dice esto se acerca melosamente a la Conchi.*)

L.- ¡¡¡Eh!!! Echa para allá, karateca, que te gustan mucho las distancias cortas... Pero ¿tú has visto qué cantidad de porquería? (*Mientras sigue barriendo. Ya está casi todo recogido.*)

V.- Es lo que tienen los días de inauguración. Como viene ca-ca-cantidad de gente, de toda clase y condición, y, lo que es peor, gratis, pues al final pasan estas cosas. Y el jaleo que meten. Así, cuando se han marchado, me he quedado conmocionado y creía oír voces donde no las había.

L.- ¡¿Cómo que no las había?! Claro que sí. Era yo, ¡llamándote!

V.- No, me refiero a antes. Era como una conversación. Voces de hombre. Ya te digo, una obse-sesión mía. (*Se ha acercado al grupo escultórico formado por los dos ladrones y en el que no había reparado hasta ese momento. Mientras, la limpiadora está terminando de recoger los últimos restos de suciedad del suelo.*)

L.- Bueno, esto ya está listo. Voy a por el plumero. Tengo que darle una pasadita al polvo.

V.- ¿Has visto? (*Parado delante del grupo escultórico formado por los dos ladrones.*) Hay que reconocer que estas esculturas parecen vivas. Solo les falta hablar. (*Intenta imitar las posturas de ambos hombres.*)

L.- Ya te digo... y seguro que si hablasen lo harían mejor que tú. Mucha escultura, mucha escultura, pero verás ahora para quitarles el polvo. (*Ha comenzado a empujar el carro. El vigilante se sitúa junto a ella.*)

V.- Te ayudo con el carrito. Voy a dar una vuelta por las oficinas, termino con una ronda completa y saco la cena. Por el camino que lleva esto hoy me parece que me va a tocar compartirla.

L.- Si lo dices por mí, como sabía que podíamos tardar más de la cuenta, me he traído un tentempié por si acaso. Pero muchas gracias, “generoso”. (*Con mucha guasa.*) No, desde luego, pocas veces he visto un vigilante con tanto celo, siempre pendiente de todo, como tú... y lo bien que te pusieron el nombre: “Valentín”. (*Los dos se marchan de escena empujando el carro con los artículos de limpieza, mientras el vigilante intenta tomarla por la cintura y esta le aparta la mano.*) Mira que eres pasadito, Valentín. Si mi Pepe te viese acercarte tan solo un metro a mí... Bueno, no quiero ni pensarlo.

V.- Tampoco será para ta-tanto, niña. (*Hace movimientos de kárate.*) Además, no estoy haciendo nada malo. Anda, vamos.

L.- ¿Que tan poco será para tanto? Mira, karateca, mi Pepe es un buen hombre, yo no lo cambio por nadie; pero tengo que reconocer que es uno de los tipos más brutos que he conocido. Quizás por eso me gusta tanto. Me pone burra, burra... Tú ya me entiendes. Para que te hagas una idea, un día que estaba en la casa, como siempre viendo una película en la televisión, recuerdo que se levanto para ir al cuarto de baño; ya que no le quedaba más remedio que desaguar las tres o cuatro latas de cerveza que llevaba en su cuerpo. Como siempre, dejó la puerta abierta. En esto que llama mi vecina Rosa para pedirme no sé qué cosa y el cabrón de su perro se va lanzado para dentro de la casa y, como era de esperar, para el cuarto de baño, donde Pepe se estaba aliviando. El perrito de los cojones, con perdón, tenía la puñetera costumbre, ya no, ya se le ha quitado, de morderle los pies a todo el que pillaba. ¡Una gracia del perrito! Y cogió a mi Pepe en un momento delicado; pero niño, sssh, escucha, mi Pepe ni se inmutó, echó una pierna para atrás, así, (*Hace el gesto.*) y lo mantuvo con la cabeza aplastada contra el quicio de la puerta todo el rato que le duró la meada, que, te puedo asegurar que cuando mi Pepe va a mear, con perdón, después de tanta cerveza, se puede tirar allí hasta que pasa el lechero. Más de un mes tuvo marcados los colmillos del dichoso perro en el talón del pie derecho, el mismo tiempo que estuvo el animal, y nunca mejor dicho, en el hospital para perros donde lo llevó la cursi de mi vecina... O sea, que hazte una idea de cómo la gasta mi Pepe.

Dicho esto, el vigilante da un salto hacia atrás y se separa cómicamente de la limpiadora.

Continúan andando. El escenario se queda solo con luz de penumbra.

ESCENA 4

Los dos ladrones abandonan la figura escultórica que habían adoptado y comienzan a hablar de nuevo.

L 1.- ¡Qué poco ha faltado! Y haga el favor de no agarrarme tan fuerte, que estábamos simulando una pelea y casi me traspasa el brazo con sus dedos.

L 2.- Perdone usted, profesor, pero es que no sé cómo he podido contenerme. ¿No ha visto usted el vigilante ese? ¡Cómo se insinúa a la Conchi...! ¡Como se le acerque otra vez le quito la tartamudez de un guantazo! Y a ella parece que le hace gracia... (*Se palpa con los dedos la frente para ver si le están comenzando a florecer los cuernos.*) No, lo que le dije antes, si al final la sorpresa me lo voy a llevar yo.

L 1.- Me parece que ve usted cosas donde no las hay. El vigilante es un hombre educado y bastante correcto. Llevo mucho tiempo viniendo a esta galería y siempre intenta cumplir su trabajo con el mayor celo posible. Puedo asegurarle que no he conocido a ningún otro que, en lugar de echarse a dormir, lo único que apetece a determinadas horas, haga sus rondas con puntualidad británica, porra en ristre y guardia montada.

L 2.- Sí, claro, celo en su trabajo. Por eso está usted entre rejas en lugar de campando a sus anchas dentro del museo.

L 1.- Hombre, me refiero a guardar el orden y esas cosas. (*Con tono de orgullo.*) A mí, como comprenderá, no es fácil sorprenderme cuando estoy trabajando...

L 2.- Vale, profesor, no se pase, que ya nos conocemos, que hace tan solo un rato he podido comprobar el botín que ha conseguido esta tarde...

L 1.- ¿Quiere que le diga una cosa? No me importa. Se lo aseguro. Para decirle la verdad, ya no pretendo robar objetos de valor, ni dinero. Gracias a Dios puedo vivir de lo ahorrado y de mi trabajo de guía, que, aunque de tarde en tarde, aún continúo realizando.

L 2.- Pues ya me contará qué hace usted aquí... (*En serio, con gesto amenazante.*) No me dirá que también viene a ver a la Conchi.

L 1.- No, hombre no, no vengo a ver a la Conchi. Aunque parece que es una buena mujer y que usted tiene mucha suerte. A mí me trae aquí el pasado, los recuerdos, el miedo a perder lo único que he sido capaz de hacer en la vida. Lo hago por nostalgia. Aunque aparentemente me enfade por las pequeñeces que consigo con mis robos, si alguna vez sustraigo algo de verdadero valor, procuro devolverlo inmediatamente.

L 2.- A otro con ese cuento, profesor. ¿Quiere usted decirme que si roba algo de valor se acerca a la víctima, se saca el sombrero y educadamente le dice: “Perdone usted, señora, pero he visto que esta alhaja que acabo de birlarle es de las buenas? Mil perdones y la próxima vez traiga usted bisutería de la mala”... ¡Vamos ya, hombre...!

L 1.- No, no es así. Sencillamente la entrego al funcionario de turno como si me la hubiese encontrado. Normalmente siempre aparece el dueño que la reclama. Yo me quedo tranquilo y todo el mundo satisfecho.

L 2.- Pues sí que es usted raro. No me lo diga, no me lo diga... Son cosas del arte.

Se oyen de nuevo pasos y el ruido del carrito. Los dos ladrones vuelven a recomponer rápidamente la figura escultórica. Esta vez nada tiene que ver con la anterior. Se puede apreciar grotescamente que es totalmente distinta.

Entra la Conchi, cantando, con un plumero en la mano y un cigarrillo encendido en la otra. Comienza a pasar el plumero por los marcos de los cuadros. A los pocos instantes aparece de nuevo el vigilante.

V.- Lo que nos faltaba, ni-niña. ¿No hueles?

L.- (*quitándose los auriculares*).- ¿Qué pasa ahora, Valentín?

V.- Fuego, parece que hay fuego. ¿No hueles? (*De nuevo saca la porra y se pone en actitud vigilante sin percatarse del cigarrillo que lleva encendido la Conchi.*)

L.- Vaya nohecita que llevas, hijo. Relájate. Claro que huelo. Al humo del cigarro que me estoy fumando. Que en todos los trabajos se fuma y en este no iba a ser menos.

V.- Vaya susto que me he llevado. ¡Sabes que aquí esta-tá prohibido fumar!

L.- ¿Sí? ¿Y quien va a prohibírmelo? ¿Tú? Mira, Valentín, no me toques las narices y deja de dar voces, que no tengo el coño para ruidos, que me estas cabreando por momentos. Bastante tengo en mi casa con el Pepe para que tú también te pongas chulito con el tabaco. Para tres cigarros mal contados que me fumo al día me paso la vida escondiéndome o dando mil explicaciones. ¿Yo me meto contigo, eh? ¿Me meto yo con alguien? Pues eso. Que lo prohíban si no quieren que fumemos. Pero que lo prohíban de verdad. Menos hipocresía, menos “sensibilización contra las enfermedades que provoca”: FUMAR PUEDE MATAR - FUMAR TE DEJA GILIPOLLAS - FUMAR ES ABURRIDO... Menos cinismo, Valentín. Los mismos que lanzan discursos amenazantes, que te acojonan con los prejuicios que acarrea, que te crucifican en público, luego van y son los que hacen caja con los impuestos. Cuanto más se consume mas dinero se recauda. ¿Has visto tú cinismo mayor, descaro más grande? ¡Políticos de mierda! ¡No me calientes, Valentín, no me calientes!

V.- Yo solo te digo que está prohibido. (*Acercándose meloso.*) Pero ¿cómo no iba a hacer u-una excepción contigo, diablilla, que eres una diablilla?

Mientras, el grupo escultórico está a punto de rodar por los suelos porque el novio de la Conchi oye las cosas que dice el vigilante y le comen los celos.

Conchi hace como si no hubiese oído nada de lo que le ha dicho el vigilante y continúa pasando el polvo por los muebles y objetos de arte.

V (*parado delante del grupo escultórico formado por los dos ladrones*).- Esta obra parece como si tuviese vida propia. Ju-juraría que antes estaban en otra posición...

L.- Y también decías que solo les faltaba hablar. Anda, quita que les quite el polvo.

La limpiadora comienza a pasar el plumero por los dos ladrones, y el ladrón 1 no puede reprimir un estornudo cuando le toca en la cara, mientras el 2 no puede dejar de reírse por las cosquillas.

Conchi da un grito y se lanza a los brazos del vigilante, quien con sumo gusto la acoge cariñosamente.

Pasados unos instantes, el vigilante se recompone y saca la porra adoptando una posición de kárate.

V (*ahora está en una situación crítica y es cuando se atasca totalmente al hablar*).- ¡Que na-nadie se mueva o no res-res-res-res-respondo!

L 1.- Tranquilo, hombre, tranquilo. No pasa nada. Solo estábamos haciendo una apuesta.

V-L2-L (*los tres al unísono, incluido el ladrón 2, que no esperaba esa respuesta de su compañero*).- ¡¡¡¿Cómo?!!!

L 1.- Aquí mi amigo y yo habíamos apostado que éramos capaces de pasar por estatuas sin que nadie lo notase. *Arte corpóreo in situ*, se llama la obra.

L 2 (*admirado de nuevo por la improvisación de su compañero*).- Eso, eso que dice él.

L 1.- Y sin darnos cuenta se nos ha ido el santo al cielo y nos hemos quedado encerrados. Después han llegado ustedes y...

El vigilante y la limpiadora oyen con expresión de sorpresa las palabras del ladrón 1.

V.- ¡Qué barbaridad! ¿Ves, Conchi? ¿No te-te decía yo que parecían de verdad?

L.- Sí, decías eso y muchas tonterías más, como las de este señor. Conque una apuesta, ¿eh? A otro lobo con ese cuento "Caperucita". Y ¿este con pinta de ladrón de cine? ¿Había que disfrazarse de Tom Cruise para la apuesta?

L 2.- ¿Lo ve usted, profesor? (*Orgulloso, sin poder reprimirse.*) Tom Cruise, igualito que Tom Cruise.

V.- Eh, oigan, ¿qué está ocurriendo aquí? (*El vigilante toma de nuevo la porra y se pone en actitud amenazante.*) Van li-li-listos si creen que me van a tomar el pelo. Y usted, quítese ese antifaz. Que le veamos la cara. (*Dirigiéndose al ladrón 1.*) Y su cara me suena un montón, como si le hubiese visto más de una vez. (*Mientras, el ladrón 2 se sujeta el antifaz con fuerza a la cara.*)

L.- Sí, sí, que se lo quite. (*Dirigiéndose al ladrón 2.*) Hay algo que me escama en este ladrón.

L 1.- Verán, es que no puede quitárselo porque... porque ¡trae mala suerte!

L2-V-L (*los tres al unísono*).- ¡¡¡¿Cómo?!!!

L 1.- Sí. ¿No lo habían oído ustedes nunca? Si a un hombre disfrazado de ladrón se le quita el antifaz y se le descubre la cara, la primera persona a la que mire recibirá un mal de ojo e irá de desgracia en desgracia toda la vida. (*Mientras, el vigilante y el ladrón 2 se abrazan, buscando protección en la limpiadora. Después de unos instantes deshacen el abrazo.*)

V.- ¡La virgen! ¡¡¡Pero este hombre co-cómo sabe tantas cosas!!!

L 2.- Eso no es nada... ¡Si yo les contará!

La limpiadora se acerca al ladrón 2, quien cada vez le resulta más familiar.

L.- Oiga, ¿le conozco yo de algo? No sé, noto algo familiar en usted. Si se pudiera quitar el antifaz, por favor.

L 2.- Lo haría con mucho gusto, pero ya ha oído usted al “Profesor Mil Dedos”, digo, aquí a mi amigo.

V.- ¿“Profesor Mil Dedos”? (*El vigilante vuelve a adoptar una postura karateka.*) ¿Ha dicho “Profess-ssor Mil Dedos”? Ya decía yo que me sonaba su cara.

L.- Valentín, te juro que no me entero de nada. ¿Quién es este “Profesor Dedos” o como se llame?

V.- ¡Una eminencia, uno de los mas grandes e inteligentes ladrones de obras de arte -al menos eso dicen mis colegas del gremio- que jamás haya existido! (*Extendiéndole la mano para saludarle mientras con la otra sujeta la porra.*) Encantado de conocerlo, profesor.

L 1.- El gusto es mío. Siento conocerle en estas circunstancias, pero su perspicacia, bueno, y la metedura de pata de aquí..., (*Señalando al ladrón 2.*) de mi amigo, me han descubierto.

L 2.- No me lo digas, no me lo digas; ahora resulta que la culpa es mía.

L (*la Conchi ya no tiene dudas: sabe que esa expresión es la que siempre usa su Pepe*).- ¡Ay! Dios mío, que me temo lo peor. ¡Ay, Santa María del Plumero! Que aquí se va a liar.

V.- ¿Qué te pasa, Conchi?

L.- Déjame un momento la porra. (*La levanta amenazante sobre la cabeza de su novio.*) ¡No me lo digas!, ¡no me lo digas! Pepe, por tu padre, ¿quieres decirme qué

haces aquí? (*Le ha arrancado de un tirón el antifaz al ladrón 2, y el vigilante se acerca raudo a taparle los ojos.*)

V.- ¡No le mires, niña! ¡Vuelve la cara para el otro lado! ¡El mal de ojo!

L 2.- Quita de ahí, hombre. Que no eres más tonto porque el día no tiene más horas. Eso del mal de ojo es un invento de ahí, de su admirado “Profesor Mil Dedos”.

V.- Vale, pero sin insultar, que le doy un palo que lo dejo en el sitio. Ahora mismo llamo a la policía.

L 1.- Vamos a tranquilizarnos, que todo tiene una explicación.

V.- Pues más vale que este me la dé rápido, porque se va a liar y gorda.

L 2 (*se dirige a Conchi mientras señala amenazante al vigilante*).- Y tanto que se va liar, como que ya me explicarás a qué viene tanto roce y tanta confianza aquí con Ra-Rambo.

V.- ¡Eh! ¡Sin cacho-cho-chondeíto, que le doy un mamporrazo que lo mando a otro barrio.

L 1.- ¡Por favor! Vamos a calmarnos, a hablar con orden. (*Todos se recomponen, y Pepe, el ladrón 2, se acerca a la limpiadora, le arrebató el cigarro y lo apaga.*) Todo lo que ocurre aquí tiene su explicación; ¿verdad, Pepe?

L.- Pues que la dé rápido, que no me creo nada de Pepito el fantasioso. Me extraña verte por aquí. ¿Cómo es que no estás encerrado viendo una de tus famosas “pelis”? (*Con guasa.*) No me lo digas, no me lo digas”, te han contratado para una misión...

L 2 (*se deja caer pesadamente en el sofá*).- No tengo nada que decir. Todo ha sido un malentendido. Mejor me voy para la casa. No merece la pena.

V.- Un momento. (*Reteniendo al ladrón 2.*) ¡De aquí no se marcha nadie! Hasta ahí podíamos llegar.

L 1.- Déjelo marchar si quiere irse. Le aseguro que todo ha sido un malentendido. Pepe no es un ladrón. Él no ha venido aquí a robar. Su misión era mucho más entrañable.

L (*la limpiadora se acerca hasta donde está su novio y, tomándolo de la mano, se sienta junto a él en el sofá*).- A ver, ¿qué tienes que contarme? ¿Qué es lo que dice ese señor? ¿De qué lo conoces?

L 2.- Yo había venido aquí para darte una sorpresa. Pero no esta que te has llevado. Otra bien distinta. Me había escondido entre las pinturas y pensaba salir cuando estuvieses trabajando. Porque me acuerdo mucho de ti y te echo mucho de menos. Porque siempre estás diciendo que solo valgo para ver películas. Bueno, y es verdad.

Porque no puedes imaginarte lo que es estar todo el día solo, sin tenerte a mi lado. Porque, bueno, porque sí, y ya está, que sabes que no soy hombre de palabra fácil.

V.- Todo esto está muy bien, pero usted ha cometido un delito que le puede salir caro. Ca-carísimo.

L.- Y a ti te va a salir un chichón del palo que te voy a dar en la cabeza con la escoba. ¿No oyes las cosas que está diciendo mi Pepe? ¡Y lo guapo que va de Tom Cruise! (*Dirigiéndose al ladrón 1.*) ¿Y usted, que pinta en todo esto?

L 2 (*antes de que intervenga el ladrón 1*).- Ha sido cosa mía. Yo había oído cosas sobre el “Profesor Mil Dedos” en el videoclub de la esquina. (*Comienza a mentir de manera descarada para proteger a su colega.*) Este hombre es más admirado de lo que pensáis. Y se me ocurrió que podría localizarle y él me ayudaría a entrar aquí y poder darte la sorpresa. El resto ya lo sabéis.

V (*dirigiéndose al ladrón 1*).- Entonces, ¿no estaba usted aquí con intención de robar?

L 1.- No, señor, ni mucho menos. Le habría perjudicado directamente a usted y eso es algo que jamás haría.

V (*pasando el brazo por el hombro del “Profesor Mil Dedos”, ladrón 1, y guardando la porra*).- Pues no sabe usted el peso que me quita de enci-ci-cima. No me habría gustado nada tener que detenerlo. ¡Bueno!, y ahora que está todo aclarado, ¿qué les parece si compartimos mi cena? No es mucho, pero creo que habrá para todos y por supuesto no se van a ir de aquí sin cenar.

L.- Es una buena idea. Yo también he traído algo para comer. Son casi las doce y, entre la hora que es y las emociones, realmente tengo hambre. Tráetelo todo, Valentín. Yo iré a por unos refrescos. Vosotros no os mováis de aquí, que tenéis mucho que contarnos

Desaparecen la limpiadora, después de haber dado un beso en la mejilla a su novio, y el vigilante, cada uno por un lado de la escena. Quedan los dos ladrones solos.

L 1.- No sabe cómo le agradezco que no haya dicho la verdad. Ese Valentín cumple su trabajo con celo y seguro que me habría detenido y el “Profesor Mil Dedos” tiene el orgullo de jamás haber pisado ni tan siquiera un calabozo. Gracias, Pepe. (*Se acerca y le da un entrañable abrazo.*)

L 2.- Y yo a usted. Realmente nada ha sido como lo tenía planeado, pero creo que en el fondo no me importa. Gracias, profesor.

L 1.- Arturo Rediéguez; llámame Arturo, ese es mi nombre. Y vamos a dejarnos de protocolos y tuteémonos. Ya somos como de la familia.

L 2.- ¿Porque me voy a aficionar a robar?

L 1.- No, porque después de lo de esta noche creo que me voy a aficionar al cine de suspense. Vaya lío. Menos mal que se ha aclarado todo. O al menos eso espero, que esa novia tuya, vaya si es perseverante.

L 2.- No puedes hacerte una idea. Comienza pim pan, pim pan, con lo que sea, y hasta que no me saca de quicio no para. Dice que yo soy bruto, pero anda que ella. Bueno, quizás por eso llevamos tanto tiempo juntos. ¿Usted nunca ha estado casado?

L 1.- No, mi profesión me obligaba a estar solo, a no compartir mi trabajo con nadie.

L 2.- ¿Pero nunca se ha enamorado ni nada de eso?

L 1.- Hombre, amor, amor, no, al menos que yo lo haya notado. De tanto andar de museo en museo, comencé a interesarme por una mujer especial...

L 2.- No me lo digas, ¡no me lo digas! También era mangante, perdón, ladrona.

L 1.- (*moviendo negativamente la cabeza*).- No, hombre, no, ¡qué paciencia hay que tener contigo! Como te decía, es algo muy especial. Distinto. Quizás no debería contarlo.

L 2. Vamos, profesor, digo Arturo; venga, no jodas...

L 1.- Llevo viendo, mirando, intentando comunicarme con esa obra, (*Señala el misterioso cuadro de la dama que ha estado mirando de hito en hito a lo largo de la noche.*) mejor dicho, con el personaje que ilustra, desde hace muchos años...

L 2 (*interrumpiendo de nuevo*).- ¿Quieres decir que llevas todo ese tiempo viniendo aquí solo para ver ese cuadro?

L 1.- Si fuese aquí solamente no estaría mal. He recorrido todas las galerías donde ha sido expuesto... (*Se queda pensativo durante unos instantes.*) Pero, en fin, no me gusta hablar de esto. Te ruego que lo olvides.

L 2.- ¿Que lo olvide? ¿Me estás diciendo que llevas años siguiendo a esa mujer del cuadro y... me pides que lo olvide? Ni lo sueñes. Esto no se me olvida ni muerto.

L 1.- No sé por qué te lo he contado. Nunca se lo había contado a nadie y a ti te conozco hace tan solo apenas unas horas.

L 2.- Sí, pero veas qué horitas tan intensas... ¡no me lo negarás!

L 1.- Eso es cierto, bueno eso y que pareces un hombre sencillo y noble...; pero, por favor, dejémoslo. Tu novia y el vigilante están a punto de regresar y solo te pido que este asunto quede, (*Se acerca al ladrón 1, modula el volumen de su voz y mira a su alrededor creando una atmosfera de intriga.*), como un secreto, entre tú y yo, como en la película *El hombre que surgió del frío*.

L 2 (*con ilusión, imaginando una escena de cine entre espías*).- Vale, vale.

ESCENA 5

Los dos ladrones están sentados en el sofá y han acercado una mesa baja que estaba en la sala. La limpiadora aparece con unas botellas de refresco. El vigilante trae dos taburetes y unas bolsas con comida.

L.- Aquí está esto.

V.- No sé si habrá suficiente para todos. (*Depositando las bolsas sobre la mesa.*)
Nos apañaremos con lo que haya.

L 1.- No se preocupe por mí. No tengo mucho apetito. Gracias.

L 2.- El profesor siempre con su educación...; pues yo tengo hambre para comerme manojitos de ballenas...

L.- No seas bruto, Pepe. (*Comienzan a sacar la comida de las bolsas a servir las bebidas y a comer.*)

V.- Esta tortilla de patatas está de escándalo.

L 1.- Y los filetes. Hacía tiempo que no comía unos tan buenos.

L (*con orgullo*).- Los hago poniéndoles una receta secreta que heredé de mi madre...

L 2.- Pan rallado, ajo, perejil y un toque de guindilla... ¡Toma receta secreta!
(*La limpiadora lanza un codazo de reprobación a su novio.*)

V.- Pues está buenísima.

L.- Quien me iba a mí a decir que iba a estar cenando con mi Pepe y unos amigos en el trabajo. No es precisamente una cena de esas de negocios, pero algo es algo.

V.- Y que lo digas, Conchi. Esto nos hace romper con la monotonía de ca-cacada día. Le hace renovar a uno las ilusiones de la vida...

L.- Uuuyyy, como el Valentín se ponga filosófico...

L 2.- Pero ahí lleva razón. Todos tenemos ilusiones en la vida. Yo, por ejemplo, a pesar de las críticas que recibo continuamente por mi afición a ver películas, al cine en general, no puedo dejarlo. Si hubiese tenido la oportunidad, seguro que sería actor, de esos que trabajan de extra en escenas peligrosas... Dicen que los tíos que hacen de doble en las escenas de peligro de las películas de acción ganan tela de pasta y son más importantes que los propios actores famosos. Los otros se limitan a poner su cara bonita.

L 1.- Hombre, ¡y sus conocimientos!... Ser actor es un arte, y bastante difícil.

L 2.- Sí, pero no es lo mismo... (*Insiste de manera infantil.*) ¿Cómo va a ser lo mismo?

L.- Pues a mí lo que gustaría ser realmente, aparte de mandar a la mierda este puñetero trabajo, es dama de la canción. Yo sí. Con mi bata de cola. Pocas iban pasearse por la escenario como yo. (*Mientras dice esto se pone de pie y recorre el escenario moviendo una bata de cola imaginaria.*)

L 2 (*el novio la mira embobado con una sonrisa en los labios*).- ¡Olé! Y seguro que serías la mejor. Ya cuando se pone con unas copitas en cualquier reunión, (*Interviene de nuevo dirigiéndose a los demás.*) todo el mundo le pide que cante esta o aquella canción. Y lo hace de ensueño.

V.- Doy fe de ello. Aquí se coloca los auriculares y se pone a cantar a todo tren de manera que, sin moverme de mi cabina de vigilancia, sé dónde está en cada momento. Y es verdad. Lo hace muy bien...

L 1.- ¿Y usted, Valentín? ¿Qué le gustaría ser?

V: Por lo que veo, yo tengo más su-su-suerte que ustedes. Hago justo lo que me gusta. Y además me queda mucho tiempo para leer, que es mi gran afición. La noche es tan especial. Me gu-gusta más que el día. Yo no soy tonto y me doy cuenta de que hago esto para, no sé cómo decirlo, esconderme un po-poco de la gente. Por vergüenza. Mi de-defecto al hablar hace que me encierre en mí mismo, y aunque tampoco me quita el sueño, algo ha tenido que influir para que ya desde pequeño viviese más la noche que el día. De ahí que siempre envidiase a las personas que trabajaban de noche. Me siento realmente feliz así. Quizás la única pega sea que, como no me eche una novi-via fantasma o vampi-pi-piresa de esas que salen a partir de las doce, no sé cuándo voy a conocer a una mujer. (*Dirigiéndose al "Profesor Mil Dedos".*) Y, por lo que he podido comprobar, usted también es un enamorado de la noche, aunque para otros menesteres... Digo yo que también tiene su sueño que cumplir...

L 1.- Sí, digo, no. (*Mira de manera cómplice a Pepe y al cuadro de la dama.*) Yo, a estas alturas de la vida, tengo poco que soñar; en todo caso me conformo con encontrar nuevos amigos.

Continúan comiendo y comienzan a sonar las campanadas de las doce de la noche. Cuando suena la última campanada, se oye un ruido semejante a un trueno y las luces comienzan a apagarse y encenderse. Todos quedan inmóviles y asustados, y, al poco, salen corriendo despavoridos todos en la misma dirección.

Se oyen voces procedentes de los cuadros y dos personajes, la dama misteriosa y una jovencita, salen de ellos cuadros y toman forma humana. Recorren lentamente la sala, observándolo todo.

Criada.- Señora Condesa, hoy vamos a tener suerte. Ya se lo dije ayer, hoy tocaba inauguración y seguro que habría trabajo para rato. (*Señala lo que queda de comida. Mientras, los demás personajes se asoman a hurtadillas para no ser vistos, empujándose, entre los cuadros*) Eh vuala, ahí está la cena servida.

Dama.- Humm, tortilla de patatas ¡Cuánto me gusta! No sé el tiempo que hacía que no la probaba. Humm, y el líquido negro. ¿Cómo lo llamas?

Criada.- Coca-cola.

Dama.- Eso, coca lo que sea. ¡Qué cosquilleos!

Criada.- ¿Dónde se habrán metido? Han desaparecido por arte de magia.

Dama.- Calla, chismosa, que eres una chismosa. Luces la criada que llevas dentro... Es normal que se hayan ido, con el ruido que has organizado... Menos mal que no pueden vernos.

Criada.- Señora condesa, dentro de esos cuadros usted manda, pero le recuerdo que aquí somos dos espectros del otro mundo. (*Continúan comiendo y bebiendo.*) ¡Humm, qué cosa mas rica...! Hoy me siento de manera especial, tengo ganas de bailar, de sentir, de vivir... (*Se pone a danzar por la sala.*)

Dama.- Sí, yo también siento algo especial. No sé, es algo distinto, como si realmente formásemos parte de esta otra vida real que solo nos toca vivir por las noches. (*La criada continua bailando mientras la dama la observa divertida.*) ¡Cómo envidia tu vitalidad! Si me hubieses conocido cuando joven...

Criada (*acercándose a la dama y tomándola de las manos*).- Calle y sígame. Usted mantiene la frescura y la belleza de su juventud... (*Continúan bailando.*)

Dama.- Y tú tu “frescura” natural. (*Dice en tono de broma.*) No sé cómo a artista alguno se le ocurrió pintar a una criada con tan poco seso...

Criada.- Ya estamos con lo mismo. Fue un regalo muy especial de mi señor. Yo no era una criada cualquiera... Compartía algo más que el servicio en la casa. En fin, no me tire usted de la lengua.

Mientras, en el otro grupo de personajes, medio a escondidas, una luz alumbrará directamente, como si estuviese transcurriendo otra escena paralela.

L.- Pero ¿esto qué es? ¿De dónde ha salido esa gente?

V.- Ni lo sé ni me importa. De aquí no me-me-mu-mu-muevo.

L 2.- ¡Pero se están comiendo nuestra cena! (*Hace ademán de salir y los demás lo retienen.*)

L.- Pues algo habrá que hacer, digo yo.

V.- Conmigo no co-co-contéis.

L.- (*con sorna*).- Tú haciendo honor a tu nombre, Valentín.

L 2.- Que salga el profesor y lo arregle él. Después de todo es su amada...

L y V: ¿Cómo?

Sin mediar palabra, el profesor se adelanta al grupo mientras los demás, encabezados por el vigilante, quien ya lleva la porra en ristre y la postura de kárate, le siguen de cerca.

L 1.- Señora, es para mí un placer, un sueño, poder saludarla personalmente. Le presento mis respetos. (*Hace el gesto de inclinación ante la dama.*)

Dama.- Pero ¿usted puede verme? (*Mirando a la criada.*) ¿Pueden vernos?

L.- Y oírles. Que vaya par de locas que están hechas ustedes.

Dama (*se levanta y extiende la mano para que se la bese el profesor*).- Encantada, caballero.

Mientras, el resto del grupo, amontonados, observan la escena boquiabiertos y Pepe se acerca a la jovencita para quitarle el último resto de tortilla que quedaba.

Criada.- Creo que debemos presentarnos. Me llamo Tracia Durán y soy una criada. Ella es la condesa...

Dama.- de Champollión, como su propio nombre indica.

V.- Pero ¿son ustedes reales? (*Dirigiéndose a la joven.*) ¿Puedo toca-ca-carla?

Criada.- Toque, toque lo que usted quiera. Aquí o en su cabina...

Dama.- ¡Tracia! No seas descarada... Discúlpela, hace tanto tiempo que no coincidimos con nadie por aquí.

Criada.- Vamos, condesa, que usted corre los vientos por el caballero aquí presente, de modo que no me venga con recatos. (*A Valentín, mientras le toma la mano y se la pasa por el cuerpo*) ¡Toque, toque!

L 2.- ¡La virgen, qué “demasiao”! ¡Ni en *En busca del arca perdida* he visto nada igual.

L.- ¿No creen ustedes que deberían explicarnos qué está pasando aquí?. Menuda nohecita... y vaya par de frescas...

Criada.- Yo creo que la culpa de todo la tiene el amor, y el arte. (*Todos se miran unos a otros sin comprender nada.*) El amor de este hombre por la señora condesa aquí presente. No se conoce otro caso igual desde el joven Durero, que anduvo detrás del cuadro de Monna Lisa durante toda su existencia pero nunca logró sacarla de su mundo. (*Todos han oído la historia con la boca abierta.*)

L 1 (*a la condesa*).- ¿Debo entender que todo el tiempo que la he estado observando, siguiendo por todos los museos y galerías, usted me veía?

Dama.- Así es.

L 1.- ¿Entonces lo que sentí cuando el incendio no fue fruto de mi imaginación ni de mis, por entonces, desbocados sueños?

Dama.- Fue real, y maravilloso. Algo que me ha quedado en el recuerdo para toda la vida, que me temía no poder agradecer y que, por lo que veo, el destino me va a permitir hacerlo esta noche.

L 2.- ¡Un momento, Arturo, que nos perdemos! ¿Qué es eso del incendio que dice aquí la Condesa? (*Mientras, hace un torpe saludo de cortesía dirigido a la dama.*)

Dama.- Permítame, noble caballero, que yo le explique.

L 2.- Sí, cuéntelo usted, las mujeres cuentan mejor estas cosas... Sentémonos.

Se sientan la limpiadora, el ladrón 2, Tracia y el vigilante. Quedan en pie, situados frente a frente, la condesa y el profesor.

L (*en tono bajo, dirigiéndose al vigilante mientras señala a la criada, que le tiene tomado del brazo*).- Ahí tienes al vampiro, el espectro del que hablabas antes... Anda, aprovecha la oportunidad...

Dama.- Fue en la exposición de otoño, hace ahora 11 años. ¿Lo recuerda? (*Se dirigido al profesor, quien asiente repetidamente.*) La galería había estado todo el día llena de gente, de fotógrafos. Ya por la tarde comenzaron a traer bebidas y comidas, y la gente se había olvidado de todos nosotros y comenzaron a comer y a hablar de todo... menos de arte. El caso es que, de pronto, comenzó a salir humo justo detrás de unas cortinas que cubrían parcialmente una escultura. A partir de ahí fue todo una locura. Carreras, gente gritando y el fuego que comenzaba a arrasarlo todo. (*Todos siguen con expectación el relato de la condesa.*) Pero el destino quiso que, una vez más, este caballero, y nunca mejor dicho, aquí presente, anduviese observándome, estudiando cada rasgo de mi retrato, algo a lo que ya estaba acostumbrada por haberlo visto hacer lo mismo en otras ocasiones, y sin dudarle un instante, desmontó, primero una parte del caballete y después la otra, ya que por las dimensiones del cuadro le hubiese resultado imposible sujetarlo de una sola vez.

L 1.- Y comencé a arrastrarlo a través de la sala (*Ahora se dirigen todas la miradas.*) No sé si el cuadro era pesado o no. Yo no lo notaba. Mi única preocupación era salvar aquella pintura del fuego, la imagen de aquella mujer que adoraba. Como pude, la saqué hasta un salón más pequeño que había justo al lado del principal y donde la situación era más tranquila, si a aquello se lo podía llamar tranquilidad. Continuaban las carreras y los empujones y me temía que, si no quemado, pudiera quedar destruido por la avalancha de gente. Apoyé el cuadro en la pared y lo cubrí con mi cuerpo... (*Se queda en silencio mirando a la condesa fijamente.*)

L.- ¿Y?

V.- Venga, hombre, no se calle ahora.

L 1.- A los pocos instantes sentí una caricia en mi rostro y el abrazo más dulce que jamás había recibido en mi vida. Creí que era cosa del momento, de la situación extrema..., de mis propios sentimientos. Una vez pasado el tumulto, me retiré lentamente del cuadro, como no queriendo romper aquel momento mágico, y vi, por primera y última vez, dos lágrimas asomando a los ojos de aquella bella dama...

Criada (*sonándose ruidosamente la nariz de haber llorado*).- Mira que he oído veces esta historia, pero no hay manera... Siempre tengo que acabar llorando.

L (*secándose también las lágrimas*).- ¿Y qué paso después? Siga usted, hombre, que tengo el corazón encogido...

L 1.- Lamentablemente, entre la policía, la gente, los bomberos, qué se yo, tuve que abandonar la galería. El cuadro estaba a salvo pero mi corazón había quedado destrozado. Durante semanas seguí toda la información del suceso, del estado de las obras pero nada. No decían nada de aquel cuadro anónimo del siglo veinte representando a una dama de la aristocracia. Fue ya a final de la primavera siguiente cuando volvieron a exponerlo, y bueno, el final ya lo conocéis; así cada día, exposición tras exposición... Por eso esto de esta noche debe ser otra ilusión...

Criada.- De ilusión nada. Real pero que muy real. Para unas horas que podemos salir a la vida, no nos diga ahora que no es real. Además, debemos aprovecharlas ya que, una vez que usted se ha encontrado con la condesa, cuando regresemos de nuevo a nuestros incómodos lienzos, nunca más volveremos a salir. Hasta que otra persona vuelva a amar como usted lo hizo...

L.- ¡Virgen Santísima del Cante Jondo! Porque no he tomado ni una copita, que si no pensaría que estaba borracha. (*Dirigiéndose a su novio.*) Niño, ¿tú has visto qué locura?

L 2.- ¡Qué “demasiado” el Arturo..., qué historia más “demasiado”! Ni Steven Spielberg es capaz de escribir una así...

Criada (*a Valentín*).- Bueno, hermoso, ¿qué? ¿Me enseñas tu puesto de trabajo o no, que no tengo toda la noche...? Y no me mires así, que no soy ningún vampiro.

V.- Yo te-te-te-te-te enseño lo que tu qui-qui. (*No es capaz de terminar la frase ante la clara insinuación de la joven.*)

Criada (*tirando de él*).- Anda, vamos, que como seas igual para todo nos va a dar el alba y por desgracia no tengo tiempo para tanto.

Los demás miran con gesto de complicidad la salida de escena del vigilante y la criada.

La condesa y el profesor están situados uno al lado del otro, tomados de las manos y mirándose fijamente.

L.- Sssh, niño, venga, mas vale que nos vayamos. Esto está como nuestros guateques quinceañeros. Aquí cada uno hace lo que puede y donde puede. (*inclinándose grotesca y seremoniosamente a la condesa*) Señora...(*haciendo a*

continuación lo propio con el caballero) caballero...ha sido un puntazo conocerlos... (*volviendo a inclinarse ceremoniosamente a su novio*)... niño, tira para la casa (*ahora en plazas zalamero*).... que te voy a explicar un par de cositas.....

L 2.- Sí, anda, vamos, que me estoy acordando de una de Michael Douglas y Demi Moore que no veas cómo era. (*Se acerca al profesor y este se incorpora.*) Querido Arturo, querido profesor. Ha sido un placer conocerlo. No sé si volveremos a vernos o no, pero puedo asegurarle que su historia no se me olvidará nunca.

L 1.- Para mí también ha sido una experiencia el haberte conocido. En cuanto a lo de vernos, bueno, puede. Yo andaré siempre de museo en museo, ya sabes. Es mi destino.

L 2.- ¡No me lo diga, no me lo diga!, devolviendo objetos perdidos... (*Ambos se funden en un abrazo. Saluda cortésmente a la dama y la limpiadora se despide de esta y del profesor. Salen de escena.*)

L 1.- Quisiera saber al menos su nombre. El poco tiempo que me queda por estar a su lado me gustaría conocerla un poco más.

Dama.- Me llamo Josefina Champollón y su nombre sé que es Arturo. Yo he jugado todo el tiempo con ventaja. Aunque, por otra parte, también me ha tocado sufrir lo mío, ya que en el fondo no soy más que una mezcla de óleos, barnices, alcoholes y aceite.

L 1.- Todo ello mezclado con un gusto y bellezas extraordinarios. Tengo una curiosidad desde hace años. ¿Quién creó tan magnífica obra?

Dama.- Nunca llegué a conocerlo. Hasta ahí tuve mala suerte. Ese brillo que usted ha echado siempre en falta en mis ojos es justamente el punto de luz, de mezcla, que le faltó a mi creador para terminar su obra, privándome así de la posibilidad de ver su cara.

L 1.- ¿Quiere decir que ustedes pueden llegar a ver cómo les pintan?

Dama.- Por supuesto. Y, además, ¿podría usted asegurarme que no es también un espectro, igual que yo, bajado de un cuadro no se sabe cuándo?

L 1 (*pensativo*).- La verdad es que no lo sé, pero ahora que la he conocido nada me gustaría más... (*Mientras, sujeta ambas manos a la dama, quien queda abstraída durante unos instantes mirando hacia los marcos de los cuadros vacíos.*)¿Qué piensa? ¿Le ocurre algo?

Dama: Nada, una locura, nada.

L 1.- ¡Dígame qué locura! Nada me gustaría más que poder formar parte de ella.

Dama.- ¿Está seguro?

L 1.- Si con ello consigo estar a su lado, lo que sea.

Dama: Cabe la posibilidad de que usted y yo...

L 1.- ¿Qué? Dígame, por favor. ¿Qué?

Dama.- Pero no; es demasiado egoísta por mi parte. Ya me salvó en una ocasión y ahora no puedo pedirle que sacrifique el resto de su vida por estar a mi lado.

L 1.- ¿Sacrificar? ¿Qué vida? Solo vivo por usted desde hace años. Ha podido comprobarlo. Ya he perdido toda mi vida pasada. Permítame vivir feliz la que me quede.

Dama.- Está bien, pero tenemos que contar con la aprobación de Tracia. Ella deberá desear quedarse en este su mundo, pero ha de ser un deseo de verdad que no se puede fingir. Solo el amor puede arreglarlo.

L 1.- Y yo ¿qué deberé hacer?

Dama.- Nada. Si su amor es tan puro como usted dice, podrá ocupar su lugar en aquel lienzo. Si fuese así, podríamos compartir cada noche durante toda la eternidad. *(El profesor vuelve a tomar las manos de la dama totalmente emocionado.)*

L 1.- Que así sea. Nada deseo mas en la vida, nada ocupó más mis sueños que este simple instante que estoy compartiendo con usted. Nada me dejo en esta vida que he vivido anhelante por estar a su lado... *(Entran en escena el vigilante y la criada. Ambos recomponiéndose la ropa y muy acaramelados. Ella lleva puesta, grotescamente, la gorra de uniforme de él.)*

Dama.- Tracia, ¿dónde te habías metido? Estaba comenzando a preocuparme. Sabes que pronto hemos de volver.

Criada.- Señora, no me fastidie usted el momento. *(En tono pícaro.)* Aquí Valentín me lo ha estado enseñando todo, bueno, casi todo, que tampoco nos ha dado tiempo para mucho más... ¿Verdad, Valentín?

V.- As-s-si-sí es. Las oficinas, el hall principal...

Criada.- ...su lugar de trabajo, su camastro... Lástima que todo tenga que terminar.

Dama.- No tiene por qué. Al menos para ti.

Criada.- ¿Qué quiere decir?

Dama.- Que ambas podemos cumplir nuestros deseos. Lo hemos hablado muchas veces y ahora se puede hacer realidad. El profesor está dispuesto a hacerlo y si tu amor es...

Criada *(interrumpiéndola)*.- ...pasional..., muy pasional. Pero verdadero *(Mientras coge a Valentín de la mano.)*

V.- No me-me- me entero de nada. Pero me gusta.

L 1.- Existe la posibilidad de que ella se puede quedar para siempre en este mundo.

V.- ¿Aquí co-co-conmigo?

Dama.- Aquí o donde quieran. Así es. Solo debe desearlo con todo su corazón y su deseo ser correspondido por usted.

V.- Venga, ¿dónde hay que fi-fi-fir-mar?

Criada.- No, hombre, no hay que firmar nada. Ya has hecho antes la firma con el corazón... y las que te quedan por hacer. *(Suena la campana de la una; de nuevo vuelve a oírse un trueno y la luz comienza a apagarse y encenderse.)*

Dama.- Creo que ha llegado el momento... *(La criada se arroja a los brazos de la condesa y llora mientras la abraza.)*

Criada.- ¡Oh, señora, la echaré tanto de menos...!

Dama.- Y yo a ti, aunque ten cuidado con lo que haces, que estaré observándote siempre. Te deseo toda la felicidad del mundo. *(La criada se acerca y da un beso en la mejilla al profesor.)*

Criada.- Cuídela. Se lo merece. Ella le ama desde la eternidad. Ahora podrán compartirla.

L 1 *(dirigiéndose a Valentín)*.- Y tú, buen hombre, sigue vigilante, con todo el celo del mundo. Yo también te estaré observando. *(Mientras le da un abrazo.)*

V.- No lo dude, mi querido “Profesor... Mil Dedos”.

El profesor ayuda a la dama a incorporarse al cuadro y este hace lo propio en el suyo. Ambos quedan ya inmóviles.

El vigilante y la criada, tomados de la mano, miran ambos cuadros durante unos instantes.

V.- No olvidaré jamás este día, esta historia.

Criada.- Ya procuraré yo que lo hagas poco a poco. Anda, tira para el cuarto.

Se alejan de la escena y vuelve a sonar la música clásica con que comenzó la obra.

TELON